

El arraigo del encuentro en el tiempo (II)

Don Luigi Giussani, El desafío de la fe cristiana, Capítulo V

El surgimiento de la pregunta y la irrupción de la certeza

Sigamos imaginando el tipo de confirmación que las jornadas pasadas con Jesús debían constituir para quien vivía a su lado cotidianamente. Jesús aparece en cualquier circunstancia —como observa Romano Guardini— como un ser superior a cualquier otro; hay algo en él, cierto «misterio», porque nunca se había visto tal sabiduría, tal ascendiente, tal poder y una bondad así. Esta impresión, como ya hemos dicho, se va haciendo poco a poco cada vez más precisa sólo en aquellos que se comprometen en una convivencia sistemática con él: los discípulos.

Pero el margen de excepcionalidad de aquel hombre era tan grande que nació espontáneamente una pregunta paradójica: «¿Quién es?». Paradójica porque se conocía perfectamente el origen de Jesús, sus datos de empadronamiento, su familia, su casa. Esta pregunta surge primero en sus amigos y después, mucho después, también en sus enemigos, que igualmente estaban bien informados sobre él. Esta pregunta demuestra que lo que El es, en realidad no lo podríamos decir por nosotros mismos. Sólo podemos constatar que es diferente de cualquier otro, que merece la más completa confianza, y que siguiéndolo se experimenta una plenitud de vida incomparable.

«Hay que hablar de su secreto como de su vida. Ciertamente Jesús enseña con poder.

Nunca vacila en sus afirmaciones. Nunca se muestra “respetuoso con las opiniones ajenas”. Pero la reflexión sobre los textos evangélicos muestra que si él anuncia un misterio del que está seguro, lo que anuncia es un misterio que le concierne.

¿Quién era él? Seguramente, El era un hombre... Y sin embargo sabe lo que hay en el hombre, y, con la misma sencillez con que se declara mayor que David, Salomón o Jonás y que el templo, se pone por encima de los ángeles»¹.

De modo que se le pregunta a él quién es. Sólo que, cuando él dio la respuesta, sus amigos creyeron en Su palabra, no porque fuera evidente en sí misma, sino por las señales indiscutibles que imponían confianza; y sus enemigos, en cambio no aceptan esa respuesta y deciden eliminarlo.

El capítulo sexto de Juan narra un momento dramático y bellissimo, muy significativo de esta dinámica (Jn 6,22-59).

Jesús, que cada cierto tiempo solía retirarse a rezar, vio un día que una gran muchedumbre le seguía durante mucho tiempo, una muchedumbre que pronto habría de tener hambre. Movidado por la compasión, les sació milagrosamente. El entusiasmo ante este tipo de prodigios había alcanzado la cima y, dice el Evangelio, que querían hacerle rey, porque la mentalidad de entonces identificaba al Mesías con un rey más grande que David, que exterminaría a los enemigos del pueblo de Israel y otorgaría a éste el puesto que le correspondía en el mundo. Sin embargo, existía también una corriente de personas, llamadas los pobres de Dios, que hacían profesión de disponibilidad a los misterios de Dios, no se sentían a gusto en esa mentalidad común y subrayaban el carácter misterioso de la llegada del Mesías. En aquel momento, Jesús parecía avalar la voluntad del pueblo de tener un rey poderoso, como estaba en apariencia demostrando ser. Pero Cristo huyó, tomó una barca y se dirigió al otro lado del lago. El día siguiente era sábado y, como de costumbre, El fue a la sinagoga; cuando el funcionario agitó el rollo de las Escrituras para llamar la atención de quien quisiese comentarlo, Jesús se ofreció para hacerlo como otras veces, pues era desde dentro de la vida social y religiosa de su pueblo como exponía su novedad.

¹ P. Rousselot, op. cit., en H. de Lubac, op. cit., p. 191.

Abrió el rollo y leyó el fragmento del maná en el desierto, el fragmento en que Moisés había rezado a Dios porque el pueblo se quejaba ante el temor de morir de hambre en el desierto y entonces Dios había enviado esa extraña escarcha que era como pan. Cristo vuelve a enrollar el pliego, y dice: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas quien coma de mi palabra vivirá para siempre». La gente, si bien atraída, se queda estupefacta ante estas afirmaciones. Ya había dicho algo parecido a la mujer de Samaria que encontró junto al pozo: que si alguien bebía de su agua ya nunca tendría sed. Mientras habla, se abre la puerta del fondo de la sinagoga y entra gente que había estado con él el día antes y que lo estaba buscando pues habían quedado embelesados. En ese instante a Jesús le embarga una emoción profunda y de improviso, podría decirse, se le ocurre y toma forma la idea más genial que tuvo en su vida como hombre. «Vosotros me buscáis porque os he dado pan —les dice—, pero yo os daré mi carne para comer y mi sangre para beber». Con ello resuena en aquella sinagoga una expresión ante la cual evidentemente no se podía permanecer tranquilos ni aun diciendo «Es paradójico». Y los dueños de la mentalidad popular, los políticos, los profesores, los periodistas de entonces, es decir, los escribas y los fariseos, empezaron a decir que Jesús estaba loco —«Este modo de hablar no hay quien lo entienda»— y el murmullo se fue extendiendo cada vez más, porque el gentío, poco antes entusiasmado con él, ya estaba dispuesto a dejarse arrebatar por el descrédito que los poderosos sembraban. Pero Jesús, viendo la reacción de la gente, insiste: «En verdad os digo: quien no coma de mi carne no entrará en el reino de los cielos». El murmullo se hace clamor, y el juicio sobre lo absurdo de esas palabras y sobre la locura de Jesús se repite en boca de todos. Los fariseos hacen desalojar lentamente la sinagoga, hasta que en la penumbra del crepúsculo sólo queda Jesús junto al pequeño grupo de sus más allegados. Ensimismémonos con ese instante lleno de tensión. El silencio era grande. Y Jesús mismo toma la iniciativa de romperlo:

«¿También vosotros queréis marcharos?» Y fue aquí donde Pedro, con su vehemencia, prorrumpió en aquella frase que resume por entero la experiencia de certeza de todos ellos: «Señor, tampoco nosotros comprendemos lo que dices; pero, si nos separamos de ti, ¿con quién vamos a ir? Sólo tú tienes palabras que explican y dan sentido a la vida».

Un caso de certeza moral

Psicológicamente, la frase de Pedro es una aplicación de la observación que ya hemos hecho anteriormente acerca de la certeza existencial o moral. Su actitud es, en efecto, profundamente razonable.

Sobre la base de la convivencia con la excepcionalidad del ser y de las actitudes de Jesús, aquel pequeño grupo no podía dejar de confiar en sus palabras. Hubieran tenido que negar una evidencia más persuasiva que la de sus propios ojos: «Si no puedo creer en este hombre, no puedo creer en nada». La continua reiteración que la convivencia permitía de esta impresión de excepcionalidad determinaba un juicio de muy razonable plausibilidad sobre su confianza en él. Con el tiempo ellos adquirieron respecto a aquel hombre una certeza sin comparación posible.

Ciertamente, el resplandor de esa excepcionalidad en la masa que iba a verlo por curiosidad o para sacar provecho, y que después se iban sin plantearse nada de lo que les había rozado, no podía determinar ningún juicio digno de considerarse tal. El juicio requiere afrontar la experiencia incluyendo en ésta el tiempo de su «duración». «Se puede pasar junto a Cristo sin verlo de muchas maneras, pero todas ellas tienen en común el no mirar con detenimiento la forma de Cristo. Es imposible mirarle a los ojos y afirmar que no se le ha visto. En primer lugar, es posible colocar una pantalla frente a la imagen con la convicción de que esta pantalla es ineludible»².

Una pantalla colocada frente a la realidad —es decir, la indisposición de la voluntad— hace al objeto real incognoscible, mientras que la certeza moral, que nace de una disponibilidad totalmente abierta y fiel en el tiempo, es la cuna de una existencia razonable.

² H.U. von Balthasar, op. cit., p. 458.

Por esto Jesús, para responder a la pregunta que le hicieron tanto los amigos como los enemigos: «Pero, entonces, ¿quién eres?» (Cf. Mc. 4, 35-41, para los amigos; Cf. Jn. 10,24, para los enemigos), esperó a que el tiempo afanzara a sus discípulos en la certeza de su adhesión, y a los enemigos en su pertinaz hostilidad. Es decir, Jesús aclaró su propio misterio cuando los hombres estaban ya definitivamente asentados en su reconocimiento o en su desconocimiento de El. Su descubrirse final descubrió también «los pensamientos secretos de los corazones», como había profetizado Simeón. Su definirse final confirmó la extrema pobreza de espíritu de aquellos que creían en El, y ofreció el último y supremo pretexto a aquellos que ya habían decidido en su corazón rechazarlo: «Bienaventurados los pobres de espíritu»; «...si no os hacéis como niños, nunca entraréis...».